

#####

RE#

No puedo aguantar por más tiempo que me sirva el desayuno en la cama un hombre peludo en calzoncillos.

JOHN CHEEVER
La quimera, 1973

Todo esto viene de la época de las cavernas, cuando ellos salían a cazar y ellas preparaban la comida. Unos aprendieron a pensar en silencio y otras a hablar de las cosas que les afectaban.

ENRIQUE VILA-MATAS
El mejor cuento del mundo, 2001

#####

NOS HABÍAMOS PROMETIDO hacer lo imposible para no convertirnos en el típico matrimonio aburrido que esquivo el divorcio gracias a la terapia narcótica del televisor. Por deformación profesional yo intuía los escollos de la vida en pareja y Ricardo estaba decidido a no repetir los errores de nuestros padres.

Al cabo de tres meses de haber coincidido en una noche de San Juan y de empezar a citarnos en cafés y jardines públicos, dejé mi pisito del Eixample para irnos a vivir juntos. Sabía que su casa era espaciosa y limpia, a excepción del sótano; allí tenía un estudio de grabación, viciado por el tabaco y lleno de instrumentos y trastos. Sin saber cómo, Ricardo había ido dejando los grupos donde tocaba el teclado, para concentrarse en la composición de melodías publicitarias y pasaba gran parte del día rodeado de aquel desorden para encontrar la musiquita de fondo de un anuncio de pilas alcalinas o de un crédito hipotecario. Por mi parte, yo iba y venía a la consulta de Barcelona, feliz porque el tren me permitía leer y cuando llegaba, al anochecer, sabía que Ricardo habría cocinado una cena ligera y que, como había estado solo, valoraría mi compañía.

Todos aquellos años hicimos el esfuerzo de cultivar amistades (parejas parecidas a nosotros, sobre todo) y llevar una vida variada fuera de casa: asistíamos a exposiciones de pintura, comentábamos novelas negras en el club de lectura, íbamos más al teatro que al cine, alguna escapada a la Cerdanya, y de vez en cuando bailábamos con una pareja argentina que conocíamos de mi consulta. Siempre que nos era posible, organizábamos cenas plácidas o acudíamos a cualquier torre donde nos invitaran con una botella de Yzaguirre o unas lionesas.

Yo tenía un sentido excepcional para saber con qué gente nos podíamos entender y a quiénes teníamos que evitar. Un poco en broma, Ricardo me pedía que expresara qué compatibilidad teníamos con tal o cual pareja y yo le respondía:

—Con Lourdes y Lluís, un setenta y seis por ciento.

Esto le hacía reír, pero era verdad. Yo destacaba por este sexto sentido, mientras que él tenía un oído muy sensible. Cuando visitábamos casas ajenas, siempre distinguía algún electrodoméstico emitiendo un horrible ruido de fondo. Y tenía razón: en algunos sitios era la tele, con un pitido agudo y monótono; en otros, el zumbido de la nevera; o un zum-zum del cargador del móvil... En todo caso, era una anécdota sin importancia que nos reservábamos. Hasta que no estábamos en el coche, Ricardo no decía nada, y en presencia de nuestros amigos, como máximo, hacía el gesto de señalarse la oreja para que prestase

atención y, de inmediato, yo reconocía el zumbido de fondo.

En una ocasión, en el sofá de Marc y Mabel, después de vaciar tres botellas de un priorat muy mediocre, Ricardo sacó el tema:

—¿No lo oís? ¿En serio? Creo que viene del termostato.

Pero Mabel nos llenó de nuevo la copa y contó una anécdota sobre psicofonías en un edificio del ayuntamiento que había sido un orfanato franquista, de manera que, excepto en la cabeza de Ricardo, el tema no tuvo continuidad.

Aunque el sonido persistía.

Y otra vez, en el comedor de Neus y Nico, me sonrojé al descubrir que, mientras nuestros anfitriones buscaban unas velas en la cocina, Ricardo apuntaba al televisor (en *stand-by*) con un afinador. Parecía hipnotizado. Disimulé tanto como pude y hasta que no estuvimos en el coche no se lo reproché:

—Les podría haber molestado. Pueden pensar que estamos locos.

—Era un Re#, el mismo que en casa de Olga.

—¿También lo hiciste el sábado?

—Sí, y también en el piso de Pablo.

—¿Qué?

—Adivina que nota...

—¿Estás loco?

—Un Re#, casualmente.

—Mira hacia delante, por favor.

—Estoy convencido de que el fluorescente del baño de Quico y Quimeta también vibra en Re#.

—Ricardo, nos tomarán por locos...

—Entonces pediremos cita en tu consulta.

Reconozco que el sarcasmo me molestó, pero no quería entrar en el juego y me mordí la lengua. Al día siguiente me comporté como si nada y la situación se fue destensando... Él cocinó salmón con crema de almendras y yo le afeité la cabeza con la máquina, como hacía siempre que me lo pedía. Era una tradición que se había impuesto cuando su calvicie se hizo evidente, y nos procuraba una mezcla de confianza y sensualidad muy positiva y muy terapéutica.

Días más tarde, Sandra estaba a punto de firmar el divorcio con Santi y creímos conveniente invitarla a casa a cenar para distraerla de las preocupaciones que conlleva una ruptura. Mientras tomábamos el descafeinado, delante del DVD de nuestras vacaciones africanas, hizo el comentario:

—¿Oís como pita el televisor?

Sé que Ricardo me miró esperando saber qué cara ponía pero, en lugar de girarme, cambié de tema aprovechando que en la pantalla aparecía una de las

niñas de un poblado senegalés que con trece años ya esperaba un hijo. Sandra no le dio más importancia y la velada transcurrió con total normalidad. Nos despedimos. Y más tarde, cuando vi que Ricardo no venía a la cama, lo fui a buscar. Era la hora en que las películas pueden ser en blanco y negro porque nadie las ve. Ricardo estaba tan cerca del televisor que la electricidad estática le debía erizar los pelos de la cara. Tenía los ojos cerrados.

—Lo oigo, Raquel —me dijo.

Ya por la mañana, interrumpimos el desayuno con una larga conversación. Después de años de no fumar dentro de casa (excepto en el sótano), rompimos el pacto: nos expusimos la situación con claridad mientras aprovechábamos las tazas de café para echar la ceniza.

—Comportémonos como personas adultas que somos.

No recuerdo si esto lo dijo él o yo. En todo caso, era la premisa con la que coincidíamos los dos. Nos lo prometimos. Así que llamé a mi hermana y después de preguntarle por Toni y el trabajo, le anuncié que pensaba hacerle una larga visita. Pero sin entrar en detalles.

victor@garciatur.com

